

fueron las instigaciones de Publio Clodio, hombre violento, y el complejo de toda alevosía y temeridad. Era hermano de la muger de Luculo, y corrian rumores de mal trato entre ambos, siendo ella muy disoluta. Militaba entonces con Luculo, sin ocupar el puesto á que se presumia acreedor: porque codiciaba tener el primer lugar; y por su conducta era precedido de muchos. Sedujo pues al ejército de Fimbria, y le acaloró contra Luculo, moviendo pláticas muy acomodadas al gusto de unos hombres, á quienes no faltaba ni la voluntad ni la costumbre de sublevarse: porque estos mismos eran los que antes habia concitado Fimbria, para que asesinando al Cónsul Flaco, le eligieran General. Asi oyeron con gran placer á Clodio; á quien llamaron amante del soldado, porque supo fingir que se compadecia de su suerte: "á causa, les decia, de no verse ningun término de tantas guerras y tantos trabajos, sino que peleando con todas las naciones y rodando por toda la tierra, en esto era en lo que habian de gastar su vida; sin servirles de otra cosa estas expediciones que de escoltar los carros y acémilas de Luculo cargados de preciosas alhajas de oro y pedrería. No así los soldados de Pompeyo que gozaban de descanso con sus mugeres y sus hijos, en una tierra y en unas ciudades felices: no despues de haber arrojado á Mitridates y á Tigranes á unos desiertos inhabitables, ó de haber destruido las opulentas cortes del Asia, sino despues de haber hecho la guerra, en la España á unos desterrados, y en la Italia á unos fugitivos. ¿Por qué no habian de descansar ya de las fatigas de la milicia? ó á lo menos ¿por qué no reservar lo que les restaba de fuerza y de aliento para otro General, para quien el mejor adorno era la riqueza de sus soldados?" Seducido con tales especies el ejército de Luculo, no

quiso seguirle contra Tigranes ni contra Mitridates, que inmediatamente regresó al Ponto, y recobró su imperio. Tomando por pretexto el invierno, se detuvieron en la Gordiena, dando tiempo de que llegara Pompeyo ó alguno otro de los Generales sucesores de Luculo, que ya se esperaban.

Quando llegó la noticia de que Mitridates, habiendo vencido á Fabio, marchaba contra Sornacio y Triario, entonces siguieron á Luculo. Triario, ansioso de arrebatár la victoria que le parecia segura, antes de que llegara Luculo, que ya estaba cerca, fue completamente derrotado en batalla cámpal: pues se dice que murieron mas de siete mil Romanos, y entré ellos ciento cincuenta Centuriones y veinte y cuatro Tribunos; habiéndoles Mitridates tomado el campamento. Llegó Luculo pocos dias despues, y sus trajo á Triario de la ira de los soldados que le andaban buscando; y como Mitridates rehusase venir á batalla por esperar á Tigranes que estaba ya en marcha con grandes fuerzas, resolvió antes que se verificara su reunion salir al encuentro á Tigranes, y pelear con él; pero sublevados los Fimbrianos quando ya estaba en camino, abandonaron estos sus puestos bajo el pretexto de que ya estaban libres del juramento de la milicia, por no corresponder el mando á Luculo despues de conferidas á otros sus provincias. Entonces nada hubo que este no sufriese muy fuera de lo que á su dignidad correspondia: bajándose á ir hablándoles de uno en uno y de tienda en tienda; presentándoseles abatido y lloroso, y aun alargándoles á algunos la mano; mas ellos desdeñaban estas demostraciones, y tirándole los bolsillos vacíos, le decian que peleara él solo con los enemigos, pues que él solo sabia hacerse rico: con todo á súplicas de los otros soldados condescendieron los Fimbrianos en permanecer por aquel estío; mas en el concepto de que si en este tiempo no se pre-

sentaba alguno á pelear con ellos; se marcharian. Por tales condiciones le fue preciso pasar á Luculo, para no abandonar á los bárbaros el pais, si le dejaban desamparado. Retúvolos pues, aunque sin emplearlos en acciones ni conducirlos á batalla: dándose por contento con que se quedasen, y teniendo que sufrir, ver asolada por Tigranes la Capadocia, y que impunemente le insultaba otra vez aquel mismo Mitridates, de quien él habia escrito al Senado que quedaba del todo destruido; por lo que habian ya llegado los enviados del mismo Senado para arreglar las cosas del Ponto como enteramente aseguradas; y lo que encontraron fue que ni de sí mismo era dueño, mofado y escarnecido por los Soldados. Llegaron estos á tal extremo de insolencia, que al espirar el estío tomaron las armas, y desenvainando las espadas provocaban á unos enemigos que por ninguna parte se presentaban, hallándose muy escarmentados. Moviendo pues grande algazara y batiéndose con sus sombras, se salieron del campamento, protestando que habian cumplido el tiempo por el que á Luculo habian ofrecido quedarse. A los otros los enviaba á llamar Pompeyo; porque ya habia sido nombrado General para la guerra de Mitridates y Tigranes; por aficion del pueblo hácia él, y por adulacion y lisonja de los Demagogos: mientras que el Senado y los buenos ciudadanos veian la injusticia que se hacia á Luculo dándole sucesor, no de la guerra, sino del triunfo; y obligándose á dejar y ceder á otros, no el mando; sino el prez de la victoria.

Pues aun parecia esta situacion mas injusta á los que alli presenciaban los sucesos; porque no era Luculo dueño del premio y del castigo como es preciso en la guerra; ni permitia Pompeyo que ninguno pasase á verle; ó que se estuviese á lo que disponia y determinaba con los diez enviados; sino que lo

daba por nulo, publicando edictos, y haciéndose temible por sus mayores fuerzas. Creyeron sin embargo conveniente sus amigos el que tuviesen una conferencia; y habiéndose juntado en una aldea de la Galacia, se hablaron con agrado el uno al otro, y se dieron el parabien de sus respectivas victorias. Era Luculo de mas edad; pero era mayor la dignidad de Pompeyo por haber tenido mas mandos y por sus dos triunfos. Las fascas que á uno y á otro precedian estaban enramadas con laurel por sus victorias; pero habiendo sido muy larga la marcha de Pompeyo por lugares faltos de agua y de humedad, al ver los lictores de Luculo que el laurel de aquellas fascas estaba seco, alargaron con muy buena voluntad á los otros del suyo que estaba fresco y con verdor. Tomaron esto á buen aguero los amigos de Pompeyo: porque en realidad los prósperos sucesos de aquel contribuyeron á dar realce á la expedicion de este; pero de resulta de la conferencia en lugar de quedar mas amigos, se retiraron mas indispuestos entre sí; y Pompeyo, sobre anular todas las disposiciones tomadas por Luculo, se llevó consigo los demas soldados, no dejándole para que le acompañaran en el triunfo sino solos mil y seiscientos, y aun estos se quedaban con él de mala gana. ¡Tan mal amañado, ó tan desgraciado era Luculo en lo que es lo primero y mas importante en un General! de manera que si le hubiera acompañado esta dote con las demas que tanto en él resplandecian, con su valor, su actividad, su prevision y su justicia, el mando de los Romanos en el Asia no habria tenido por límite el Eufrates, sino los últimos términos de la tierra, y el mar de Hircania: habiendo sido ya todas las demas naciones sojuzgadas con Tigranes, y no siendo las fuerzas de los Partos tan poderosas contra Luculo, como se mostraron despues contra Craso, por quanto no tenian igual union; y antes por las guerras intesti-

nas y de los pueblos inmediatos ni siquiera podian sostenerse con vigor contra los insultos de los Armenios. Mas ahora creo que el bien que por sí hizo á la patria, por otros se convirtió contra esta en mayor daño, á causa de que los trofeos erigidos en la Armenia á la vista de los Partos, Tigranocerta, Nisibis, la inmensa riqueza conducida de ellas á Roma, y la misma diadema de Tigranes traída en cautiverio, impelieron á Craso contra el Asia, en el concepto de que aquellos bárbaros solo eran presa y despojos seguros y ninguna otra cosa; pero bien pronto puesto al tiro de las saetas de los Partos, dió á todos el desengaño de que Luculo, no por impericia ó flojedad de los enemigos, sino por inteligencia y valor propios alcanzó de ellos ventajas. Mas de esto se hablará en otro lugar.¹

Restituido Luculo á Roma, lo primero que se le anunció fue que su hermano Marco se hallaba acusado por Cayo Memio sobre el manejo que tuvo en la cuestura, prestándose á las órdenes de Sila. Como hubiese sido absuelto, se convirtió Memio contra el mismo Luculo, é inflamó al pueblo, haciéndole creer que se había reservado cantidades, y había de intento prolongado la guerra, á que le negara el triunfo. Tuvo por tanto que sufrir una grande contradicción; y solo mezclándose los principales y de mayor autoridad entre las Tribus pudieron conseguir del pueblo á fuerza de ruegos y de mucha diligencia que le permitiese triunfar. No fue su triunfo tan brillante y ostentoso como el de otros por lo dilatado de la pompa y por el gran número de los objetos que se conducian; sino que con las armas de los enemigos, que eran de muy diversas especies, y con las máquinas ocupadas á los Reyes, adornó el circo Flamínio; espectáculo que no dejaba de lla-

¹ En la vida de Craso.

mar la atención. En la pompa iban unos cuantos de los soldados de caballería armados; de los carros falcados diez; de los amigos y Generales de los Reyes sesenta; naves de gran porte con espolones de bronce se habian traído ciento y diez; una estatua colossal de Mitridates de seis pies, hecha de oro, y un escudo guarnecido de piedras; veinte bandejas con vajilla de plata, y treinta y dos con vasos, armas y monedas de oro. Todas estas cosas eran llevadas por hombres: ocho acémilas conducian otros tantos lechos de oro; cincuenta y seis llevaban la plata en barras, y otras ciento y siete poco menos de dos cuentos y setecientas mil dracmas en dinero. En unas tablas estaban anotadas las sumas entregadas por él á Pompeyo, ó puestas en el tesoro para la guerra de los piratas; y separadamente que cada soldado habia recibido novecientas y cincuenta dracmas. Ultimamente hubo banquete público y abundante para la ciudad y para los pueblos del contorno, á los que llaman vicos ó arrabales.

Habiendo repudiado á Clodia, que era disoluta y de malas costumbres, se casó con Servilia hermana de Caton: matrimonio tambien harto desgraciado: faltábale solamente una de las tachas del de Clodia, que era la infamia de que estaban notados los dos hermanos; en lo demas por respecto á Caton tuvo que sufrir á una muger desenvuelta y perdida, hasta que por fin no pudo mas. Habia fundado en él el Senado grandes esperanzas, pareciéndole que le serviría de escudo contra la tiranía de Pompeyo, y de salvaguardia de la aristocracia, en virtud de haber empezado con tanta gloria y poder; pero él se retiró y dió de mano al gobierno de la república; ó porque ya esta adolecia de vicios, y no era facil de manejar; ó como dicen algunos, porque teniendo grande reputacion se acogió á una vida descansada y cómoda despues de tantos combates y trabajos, que

no tuvieron el fin mas dichoso. Asi algunos aplauden esta conducta, no sujeta á los reveses de Mario, que despues de sus victorias de los Cimbras, y de tantos y tan gloriosos triunfos, no se dió por contento con tan envidiables honores; sino que por desmedida ambicion de gloria y de mando, siendo ya anciano entró á rivalizar con hombres jóvenes, y se precipitó en hechos horribles y en trabajos mas horribles todavía; y á Ciceron le habria estado mucho mejor haber envejecido en el retiro de los negocios despues de sofocada la conjuracion de Catilina; y á Escipion entregarse al reposo despues que al triunfo de Cartago añadió el de Numancia: porque tambien la carrera política tiene su retiro: no necesitando menos de vigor y de cierta robustez los combates políticos que los atléticos. Mas con todo Craso y Pompeyo desacreditaban á Luculo por haberse entregado al lujo y á los placeres, como si estas cosas desdijesen mas de aquella edad, que el meterse en negocios y hacer la guerra.

Sucedé con la vida de Luculo lo que con la comedia antigua, donde lo primero que se lee es de gobierno y de milicia; y á la postre de beber, de comer, y casi de francachelas, de banquetes prolongados por la noche y de todo género de frivolidad: porque yo cuento entre las frivolidades los edificios suntuosos, los grandes preparativos de paseos y baños, y todavía mas las pinturas y estatuas, y el demasiado lujo en las obras de las artes; de las que hizo colecciones á precio de cuantiosas sumas, consumiendo profusamente en estos objetos la inmensa riqueza que adquirió en la guerra: puesto que aun hoy, cuando el lujo ha llegado á tanto exceso, los huertos Luculianos se cuentan entre los mas magníficos de los Emperadores. Asi es que habiendo visto Tuberon el Estoico sus grandes obras en la costa cerca de Nápoles, los collados suspendidos en el aire

por medio de dilatadas minas, las cascadas en el mar, las canales con pescados de que rodeó su casa de campo y las otras diferentes habitaciones que allí dispuso, no pudo menos de llamarle Jerges con toga. Tenia en Tusculo diferentes habitaciones y miradores de hermosa vista; y además ciertos claustros abiertos y dispuestos para paseos: viólos Pompeyo, y censuró el que habiendo dispuesto aquella quinta con tanta comodidad para el verano, la hubiera hecho inhabitable para el invierno: á lo que sonriéndose le contestó: ¿pues qué me haces de menos talento que las grullas y las cigüeñas para no haber proporcionado las viviendas á las estaciones? Quería un Edil dar brillantes juegos; y habiéndole pedido para uno de los coros ciertos mantos de púrpura, dijo que miraria si los habia en casa, y se los daría: al día siguiente le preguntó, ¿cuántos habia menester? y respondiéndole el Edil, que habria bastantes con ciento, le dijo que tomara otros tantos mas; que fue lo que dió ocasion á Horacio para exclamar: no puede decirse que hay riquezas donde las cosas abandonadas, y de que no tiene noticia el dueño, no son mas que las que estan á la vista.

En las cenas cotidianas de Luculo se hacia grande aparato de su adquirida riqueza, no solo en paños de púrpura, en bajilla con pedrería, en coros y representaciones, sino en la muchedumbre de manjares, y en la diferencia de guisos, con lo que excitaba la admiracion de las gentes de menos valer. Por tanto fue celebrado aquel dicho de Pompeyo hallándose enfermo. Prescribióle el médico que comiera un tordo; y diciéndole los de su familia que siendo entonces el tiempo del estío no podria encontrarse sino engordado en casa de Luculo, no permitió que fueran alla á buscarlo; sino que dijo al médico, ¿con que si Luculo no fuera un gloton, no podria vivir Pompeyo? y le pidió le mandase cosa

mas facil de encontrar. Caton era su amigo y su deudo; y con todo estaba tan mal con esta conducta suya y con su lujo, que habiendo hablado en el Senado un joven larga é inoportunamente sobre la moderacion y la templanza, se levantó Caton, é interrumpiéndole le dijo: ¿no te cansaras de enriquecer como Craso, de vivir como Luculo, y de hablar como Caton? algunos bien convienen en que esto se dijo, mas no refieren que Caton lo hubiese dicho.

Que Luculo no solo se complacia en este tenor de vida que habia adoptado, sino que hacia gala de él, se deduce de ciertos rasgos que todavía se recuerdan. Dícese que vinieron á Roma unos Griegos, y les dió de comer bastantes dias. Sucedióles lo que era natural en gente de educacion, á saber, que tuvieron cierto empacho, y se excusaron del convite, para que por ellos no se hicieran cada dia semejantes gastos; lo que entendido por Luculo les dijo con sorpresa: algun gasto bien se hace por vosotros; pero el principal se hace por Luculo. Cenaba un dia solo, y no se le puso sino una mesa y una cena moderada: incomodóse de ello, é hizo llamar al criado por quien corrian estas cosas; y como este le respondiese que no habiendo ningun convidado creyó no querría una cena mas abundante: ¿pues cómo, le dijo, no sabías que hoy Luculo tenia á cenar á Luculo? Hablábase mucho de esto en Roma, como era regular; y viéndole un dia desocupado en la plaza, se le llegaron Ciceron y Pompeyo: aquel era uno de sus mayores y mas íntimos amigos; y aunque con Pompeyo habia tenido alguna desazon con motivo del mando del ejército, solian sin embargo hablarse y tratarse con afabilidad. Saludándole pues Ciceron, le preguntó, ¿si podrian tener un rato de conversacion? y contestándole que sí con instancias para ello; pues nosotros, le dijo, queremos cenar hoy en tu compañía, nada mas que con lo que tengas

dispuesto. Procuró Luculo excusarse, rogádoles que fuese en otro dia; pero le digeron que no venian en ello, ni le permitirian hablar á ninguno de sus criados para que no diera la orden de que se hiciera mayor prevencion; y solo á su ruego condescendieron con que dijese en su presencia á uno de aquellos: hoy se ha de cenar en Apolo, que era el nombre de uno de los mas ricos salones de la casa; en lo que no echaron de ver que los chasqueaba: porque, segun parece, cada cenador tenia arreglado su particular gasto en manjares, en música y en todas las demas prevenciones; y asi con solo oir los criados donde queria cenar, sabian ya qué era lo que habian de prevenir, y con qué orden y aparato se habia de disponer la cena; y en Apolo la tasa del gasto era cincuenta mil dracmas. Concluida la cena se quedó pasado Pompeyo de que en tan breve tiempo se hubiera podido disponer un banquete tan costoso. Ciertamente que gastando asi en estas cosas Luculo, trataba su riqueza con el desprecio debido á una riqueza cautiva y bárbara.

Otro objeto habia digno verdaderamente de diligencia y de ser celebrado, en el que hacia tambien Luculo considerables gastos, que era el acopio de libros: porque habia reunido muchos y muy preciosos, y el uso era todavía mas digno de alabanza que la adquisicion, por quanto la biblioteca estaba abierta á todos; y á los paseos y liceos inmediatos eran por consiguiente admitidos los Griegos como á un refugio de las musas, donde se juntaban y conferenciaban, recreándose de las demas ocupaciones. Muchas veces se entretenia alli él mismo, paseando y conversando con los literatos; y á los que tenian negocios públicos los auxiliaba en lo que habian menester: en una palabra su casa era un domicilio y un prítaneo griego para todos los que venian á Roma. Estaba familiarizado con toda filosofía, y á

toda se mostraba tan benigno como era inteligente; pero fue particularmente adicto desde el principio á la academia, no á la que se llamaba nueva, sin embargo de que florecia entonces con los discursos de Carneades por medio de Filon, sino á la antigua, que tenia por maestro y caudillo en aquella era á Antiocho Ascalonita, varon elocuente y de grande elegancia en el decir; y habiendo procurado Luculo hacerle su amigo y comensal, sostenia la oposicion contra los alumnos de Filon, siendo Ciceron uno de ellos; el cual escribió un tratado bellissimo en defensa de su secta; y en él para la mejor comprension hizo que Luculo tomara una parte en la disputa, y él al contrario; y aun el mismo libro se intitula *Luculo*. Eran entre sí, como ya se ha dicho, íntimos amigos, y seguian el mismo partido en las cosas de la república: pues no se habia separado Luculo enteramente del gobierno, y solo habia abandonado desde luego á Craso y á Caton la contienda y disputa sobre quien seria el mayor y tendria mas poder, como llena de riesgos y contradicciones: por cuanto los que rezelaban de la grande autoridad de Pompeyo, habian tomado á estos por defensores del Senado, á causa de no haber querido Luculo tomar el primer lugar. Bajaba sin embargo á la plaza pública por servir á los amigos, y al Senado, si era necesario contrarestar en algo la ambicion y poder de Pompeyo: asi invalidó las disposiciones tomadas por este despues de haber vencido á los dos reyes; y como hubiese propuesto un repartimiento á los soldados, impidió que se diese, ayudado de Caton; de manera que Pompeyo tuvo que acudir á la amistad, ó por mejor decir á la conjuracion de Craso y Cesar; y llenando la ciudad de armas y de soldados hizo que pasaran por fuerza sus decretos, expeliendo de la plaza á Caton y Luculo. Como los buenos ciudadanos se hubiesen indignado de este proceder, sa-

caron los Pompeyanos á plaza á un tal Veccio, suponiendo que le habian sorprendido estando en acecho contra Pompeyo. Cuando aquel fue interrogado sobre este hecho, en el Senado acusó á otros; pero ante el pueblo nombró á Luculo, diciendo ser quien le habia pagado para asesinar á Pompeyo; pero nadie le dió crédito, siendo á todos bien manifesto que aquellos le habian sobornado para levantar semejante calumnia; lo que todavía se descubrió mas á las claras, cuando al cabo de muy pocos dias fue Veccio arrojado á la calle muerto desde la cárcel, diciéndose que él se habia dado la muerte: pues viéndose en el cadaver señales del lazo y de heridas, se entendió haberle muerto los mismos que le se-
dujeron.

Con esto todavía se apartó mas Luculo de los negocios; y cuando despues Ciceron salió desterrado, y Caton fue enviado á Chipre, entonces les dió enteramente de mano. Dícese ademas que antes de morir se le perturbó la razon, desfalleciendo poco á poco; pero Cornelio Nepote refiere que no la perdió Luculo por la vejez ó por enfermedad, sino que fue alterada por una bebida que le propinó Calistenes uno de sus libertos; y que el habérsela propinado fue para que Luculo le amase mas, creyendo que la bebida tenia esta virtud; y por fin que con ella se le ofendió y alteró la razon en términos de haber sido preciso que viviendo él se encargase el hermano de la administracion de su hacienda. Con todo apenas murió, como si hubiera fallecido en lo mas floreciente de su mando y de su gobierno, sintió el pueblo su muerte concurriendo á sus exequias; y llevado el cadáver á la plaza por los jóvenes mas principales, queria por fuerza sepultarle en el campo Marcio, donde habia sepultado á Sila; pero como nadie estaba prevenido para esto, ni era facil que se tomaran las convenientes disposiciones, alcanzó el her-

mano á fuerza de razones y de ruegos que permitiese se hiciera el entierro en el lugar preparado al intento cerca de Túsculo. No vivió él mismo despues largo tiempo, sino que así como habia seguido de cerca al hermano en edad y en gloria, le siguió tambien en el tiempo del fallecimiento, habiendo sido muy amante de su hermano.

En lo que mas debe ser tenido por feliz Luculo es en el tiempo de su fallecimiento; porque se verificó antes del trastorno de la república, que con las guerras civiles preparaba el hado: anticipándose á morir y terminar la vida cuando la patria, si bien estaba ya enferma, era todavía libre; y esto mismo es en lo que mas conviene y se conforma con Cimon; que tambien murió cuando las cosas de los Griegos no habian decaido aun, sino que estaban en su auge: bien que este acabó sus dias en el ejército y con el mando, sin abandonar los negocios ni aflojar en ellos, y sin tomar por último premio de las armas, de las expediciones y de los trofeos los banquetes y las francachelas; que es en lo que Platon reprende á los de los misterios de Orfeo, atribuyéndoles haber dicho que el premio en la otra vida de los que se conducen bien en esta, es una embriaguez eterna. Pues si bien el ocio, el reposo y el tiempo pasado en los coloquios, que dan placer y enseñan, son entretenimiento muy propio y conveniente de un hombre anciano que quiere descansar de los afanes de la guerra y del gobierno; referir las acciones laudables al placer como al último fin, y pasar el resto de los dias, despues de las guerras y de los mandos, en los festejos de Venus, en divertirse y regalarse, esto no es digno ni de la academia tan justamente celebrada, ni de un imitador de Jenócrates, sino de uno que se inclina á la escuela de Epicuro. Cosa por cierto bien extraña, pues que por términos contrarios la juventud de Cimon parece haber sido reprehensible y suelta, y la de Luculo aplicada y sobria. De estas mudanzas la mas laudable es la que se hizo en mejor, porque tambien es índole mas apreciable aquella en que envejece y decae lo malo, y lo bueno florece y persevera. Con haberse hecho ricos ambos de un mis-